



29 de Enero del 2008

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Hace muchos años, un niño le preguntó a su madre: "¿Por qué murió Jesús?" Ella respondió, "Él murió para que podamos alcanzar la vida eterna." ¡Que manera tan profunda pero simple de resumir el misterio central de la fe Cristiana! ¿Acaso no proclamamos este misterio en cada celebración de la Eucaristía? "Al morir destruiste nuestra muerte, con tu Resurrección restauraste nuestra vida, ven Señor Jesús".

El miércoles 6 de febrero comenzará una vez más nuestro retiro anual de Cuaresma al recibir en la frente las cenizas benditas y comprometemos a caminar con Cristo Jesús durante los cuarenta días de Cuaresma. La jornada que emprendemos nos lleva hasta el Triduo Pascual, a que revivamos de manera solemne y más explícita la Muerte y Resurrección de Jesús.

Sí, el Señor Jesús, en obediencia amorosa a la voluntad del Padre, se dio a sí mismo hasta la muerte para que nosotros podamos vivir. Al compartir en Su Muerte y Resurrección, lo cual hicimos por primera vez en el Bautismo y continuamos repetir a diario en especial a través de nuestra participación en el Sacrificio Eucarístico, nosotros también morimos al pecado y la muerte eterna para que podamos vivir para Él y servir con amor a Su pueblo.

A través de las tres principales acciones de Cuaresma - la oración, el ayuno o la penitencia y dar limosna o hacer obras de misericordia, nosotros, en efecto, participamos en el misterio de la Muerte y Resurrección del Señor. La oración, ya sea personal o litúrgica, nos transforma más y más en la imagen del Señor Jesús, para que realmente vivamos en Él. El ayuno o la penitencia nos fortalece para alejarnos del pecado y ofrecer reparación por nuestros pecados y los pecados de los demás, para que podamos vivir de una nueva manera. Las limosnas o actos de la misericordia nos permiten dar nueva vida a los demás en su necesidad, ya sea de cuerpo, mente o espíritu.

¡El Señor Jesucristo murió para que podamos vivir! Esta Cuaresma, podemos participar más intensamente en Su muerte para que, a su vez, podamos participar con más plenitud en su Vida y ser los instrumentos de su Vida para los demás – ¡Su vida, la cual es la verdadera fuente de esperanza y alegría y paz!

Esta Cuaresma busco con ustedes la gracia para morir en Cristo para que en Él podamos vivir, y permanezco

Fielmente en Cristo,

Reverendísimo Paul S. Loverde  
Obispo de Arlington